

98

EL PRESIDENTE LOPEZ MATEOS

(Un Perfil Psicológico)

Por Manuel LOPEZ PEREZ

El excelso maestro que recorrió en áureas páginas el mensaje de Sócrates, enseñó que los hombres podemos padecer dos tipos de esclavitud: la física y la moral. Si se considera la esclavitud como la vida sin libertad, ésta puede perderse ante la fuerza en cualquiera de sus formas, y también si nos dejamos arrastrar por las pasiones y la ignorancia. En el primer caso se alude a una esclavitud física y en el segundo a una esclavitud moral.

La Constitución Mexicana recogió el mensaje sublime de nuestros libertadores y nuestra democracia consagra el principio de la libertad como uno de los fundamentales derechos del hombre. México es un país de hombres libres, y este atributo físico, sin metafísica alguna, no nos lo otorga, sino que nos lo reconoce la legislación mexicana. Con frecuencia se ha hecho objeción, respecto a las esclavitudes, en el sentido de que si no existen de derecho, perduran de hecho. Y esto es y ha sido verdad, porque la fuerza es protectora y se impone con disfraz o sin él, pero casi siempre ostentando fisonomías falsificadas, tratando de imitar las facciones del bien y de la virtud. Estas máscaras han sido posibles, porque el campo es propicio, cuando los pueblos están integrados por hombres dominados por las pasiones y la ignorancia. Por eso los pueblos deben desconfiar de quienes en alguna forma les despiertan la pasión y los mantienen en la ignorancia. Quiénes tal hacen, son los agentes de la esclavitud. Hay que ser implacables con ellos, porque ser esclavo es para el hombre el mayor de los males y cuando así lo ha comprendido, ha elevado a la categoría de postulado ético-político que "los grandes premios debe darlos la República no a quien dé la muerte a un ladrón, sino a quien mate a un tirano". Algunos de estos agentes de la esclavitud suelen llegar al poder en las Repúblicas, con diverso grado de peligrosidad: el gobernante que se deseca, y con brutal franqueza mata o roba, es malo, pero no tan peligroso como el que hace lo mismo disfrazándose con el atuendo imitado al bien o la virtud. El ladrón y el asesino, mientras les dure la fuerza mal habida, contumazmente perdurarán haciendo daño, pero todo el mundo esperará con ansias que

se vayan, para que venga una renovación de hombres que reencuentren la vida moral de la nación, y todo el mundo también tendrá una idea imborrable, clara, de la categoría moral que aquellos sujetos ostentaron. Y serán condenados por los siglos de los siglos. Pero aquellos esclavizadores que copian sus actitudes a la virtud, son peligrosísimos, porque no sólo hacen el mal, sino que predicando que el mal es lo bueno y mezclando con habilidad diabólica elementos positivos del uno y negativos del otro, condimentan una jerigonza demagógica con que apoyan una actitud dogmática, establecen una ortodoxia que respaldan con la fuerza que la suerte les ha puesto en las manos —fuerza armada— y con esa otra fuerza conseguida con el engaño y que se identifica con la credulidad supersticiosa que nace en los pueblos ante un demagogista sin escrúpulos.

Una dictadura franca es un mal, pero muchas veces menor que una dictadura disfrazada de democracia, porque en el primer caso, será repudiada y combatida, y aunque así no fuera, caerá por sí misma, y nadie ignorará que al derrumbarse hubo un pueblo que recobró su soberanía. Pero cuando se predica de tal modo que se quiere hacer pasar una tiranía por una democracia, y para tener campo propicio se auspicia la ignorancia combatiendo y eliminando a los ciudadanos preparados para que no denuncien las maniobras gubernamentales, mientras al pueblo se le despiertan y fomentan las más bajas pasiones, entonces los pueblos se encuentran en un trance de muerte por el envenenamiento del engaño.

Pero ¿de dónde nace el afán de sojuzgar a los pueblos? Contestamos, de las pasiones del político. Si el que es gobernado por sus pasiones es un esclavo, nada tiene de raro que quiera hacer esclavos. Hasta le parecerá natural. Clásicamente, el hombre en el poder ha de considerarse como inclinado hacia el abuso de ese poder; pero modernamente ha de pensarse con una variante: no hay un solo miserable que no se sienta destinado a gobernar, precisamente porque el materialismo —doctrina esclavista— le ha metido en la cabeza que el gobierno del más miserable de los hombres, sólo por tratarse de un miserable, ha de ser estimado como el gobierno democrático por antonomasia.

¿Y quién es un miserable? Contestamos: el que carece de todo, y consecuentemente desea todo con insana avidez. Al decir carecer de todo, abarcamos el campo físico y el moral. Un hombre puede carecer de riqueza, de posición social, de crédito, en fin de lo más indispensable, materialmente hablando, para vivir; también puede carecer de ilustración, de conducta decente, de estimación social, de ideales, y esta privación es absoluta, sin que se pueda hablar de un minimum. En las dos situaciones descritas, el carente es un miserable. Al imbuírsele a un sujeto así la idea de que su miseria se debe y su caso es la demostración, a la injusticia social reinante, y que por ello esa sociedad injusta en que vive debe ser destruida, se le señala una conducta mesiánica, se le predica que se convierta en redentor, en el nombre del odio, en el nombre de la venganza. Ya en estas condiciones, el "mesías" se disfraza de apóstol, o cínicamente se convierte en un luchador por el poder. Al obtenerlo, lo desquicia todo y lo roba todo, es decir una y otra cosa al máximo de su capacidad.

ADOLFO LOPEZ MATEOS, representa la polaridad moral de los sujetos descritos. ES UN HOMBRE EN PAZ CON EL UNIVERSO, EN PAZ CON SU MUNDO, EN PAZ CONSIGO MISMO. No porque carezca de aspiraciones, porque nunca fue un conformista, sino porque no es un resentido en la dinámica de su conducta. Nunca ha seguido el consejo jesuítico de que es bueno conseguir los fines por cualquier clase de medios. Siempre los medios usados para lograr sus objetivos han sido buenos, en concordancia con los fines. Con respecto al feísmo político, política de los feos, él representa el tipo físico del hombre que se aproxima a lo apolíneo. No tiene el resentimiento de ser feo, resentimiento que podría llamarse en México la pasión tolteca. De su constitución física, mente sana en cuerpo sano, se ha derivado lo armónico de su personalidad: su fofía fina que se traduce en agrado y atracción ante sus semejantes, característica a la que con aguda antelación respondió la mujer mexicana. Y este capitulo es importante porque, satisfecho en sus aspiraciones varoniles, nunca ha sido el tenorio sórdido que se ha personificado en muchos políticos mexicanos, cuya libido podría entre otras cosas explicar la dinámica de su conducta. López Mateos, es un universitario de lo más completo que puede concebirse, y al constituirse intelectualmente, su libertad quedó a salvo de la esclavitud de la ignorancia de la misma manera que su formación ética le ha permitido escapar a

la esclavización de las pasiones bajas. Su capacidad para asimilar la información cultural, lo convierte en un hombre creado por sí mismo, ya que los datos no se han almacenado en su mente como sacos en una troje, sino que la labor magisterial que se le dedicó en las aulas ha sido asimilada, es decir él la incorporó a su sensibilidad —pensamiento y sentimiento— y de allí se manifestó en conducta.

Gigantesco paso ha dado la vida política mexicana con un hombre así en la Presidencia. No

será demagogo, no será ladrón, no será asesino, no será irresponsable. Será un pastor de su pueblo. Debajo de la suavidad de maneras, envuelta en la euforia de su carácter, hay una voluntad de hierro, un valor civil y personal extraordinario, una dignidad que resistirá pruebas heroicas, una virtud acrisolada, aunque sin falsos puritanismos, una rectitud insobornable. Es inalterable, pero no indeciso; es complaciente, pero no débil; es sereno, pero no tímido. Preferirá cualquier sacrificio, a cambio de conservar sus fueros de hombre y de mandatario. Los errores en que incurra, porque no está exento de ellos porque su naturaleza es humana, serán verdaderos errores, o sea que las equivocaciones en que pueda caer nunca serán voluntarias. Podemos asegurar al pueblo que López Mateos, tiene una mística de su mandato, y que nunca se considerará otra cosa que UN SIERVO DE LA NACION, según las palabras del gran michoacano. Puede el pueblo creer que "no se doblará nunca, porque preferirá quebrarse", según las palabras de Melchor Ocampo.

Tal es el perfil psicológico de nuestro Presidente licenciado Adolfo López Mateos. Así se manifestará dentro de su sexenio. Pero advirtamos al pueblo que contra esta fe estarán los desplazados, los que no llegaron, los que no volvieron, los que definitivamente caducaron en su ciclo de intervención política. No hay que prestarles oídos, porque son los esclavizadores. El pueblo los conocerá PORQUE EXIGIRAN, COMO LOS FARISEOS A JESUS, QUE EL PRESIDENTE LOPEZ MATEOS EMPIECE HACIENDO PRODIGIOS, HACIENDO MILAGROS. Pero llegado el tiempo oportuno, el pueblo podrá citar a la plaza pública a todos los fariseos, a los que requieran milagros para creer, en un MEXICO NUEVO, porque para entonces podremos gritar —y lo gritaremos—: Demagogos, ¡ved allí a la Patria regenerada, contemplad con admiración y con vergüenza vuestra, su vida sana y triunfante, vuelta por López Mateos, a los cauces de la REVOLUCION MEXICANA.

De Ruiz Cortines no podía seguir sino un ADOLFO LOPEZ MATEOS.